Premio Jan Michalski de literatura 2025
Discurso de Guadalupe Nettel

Señora presidente del jurado, querida Vera Michalski,
queridos miembros del jurado, Andrea Marcolongo, Scholastique Mukasonga, Gonçalo M. Tavares, Sjón, Jonathan Coe, Nicolas Grospierre,
señoras y señores,

Recibo como un gran honor y con infinito agradecimiento el premio Jan Michalski 2025 que me otorgan esta noche.

Hay libros que se imponen como una revelación y *La hija única* es uno de ellos. Lo escribí inspirada en la historia de mi querida amiga Amelia para quien la maternidad fue una experiencia extremadamente difícil: casi al final del embarazo, los médicos descubrieron que el cerebro de su bebé no se había desarrollado y le aseguraron que no sobreviviría al nacimiento. Mi amiga pasó cuatro semanas de luto anticipado, pensando que llevaba en su vientre a una niña que moriría al nacer. Para su sorpresa, y para la de todos los que estábamos cerca de ella, las cosas sucedieron de otra forma. Inés nació efectivamente con una severa malformación cerebral que le haría la vida muy difícil, pero también con una vitalidad inaudita. Sin saber cuánto tiempo viviría, Amelia se decidió a descubrir quién era su hija y ayudarla a desarrollar todo su potencial, a ofrecerle un cotidiano lleno de estímulos, de aceptación y de amor. Guiada por esa determinación, ella y su pareja lograron convertir la tragedia que les había caído encima en una vida llena de sentido, por momentos incluso feliz. Sentí la necesidad de escribir esta historia para compartirla, para que mucha gente más supiera de la hazaña que esa familia estaba llevando a cabo, pero no quería hacerlo sin su consentimiento. Amelia es una mujer muy discreta, y por eso habría sido muy probable que rechazara mi propuesta. Me pidió algunos días para pensarlo y finalmente aceptó.

Escribir la historia de alguien cercano es muy difícil. El resultado no es nunca como ellos lo imaginan. Por más detallado y apegado a los hechos que sea nuestro relato, la escritura deforma inevitablemente la realidad, y eso muchas veces lastima a quienes vivieron los hechos. Cuando le pregunté lo que esperaba del libro. Ella contestó: “quiero darle visibilidad a las familias como la nuestra”. Su respuesta me conmovió. Sin que yo supiera cuándo, Amelia ya había abrazado una causa: la de las personas que viven con una discapacidad y la de quienes cuidan de ellas.

La amistad tiene en mi vida un lugar muy importante y quise que este libro fuera también un homenaje a ese sentimiento tan poderoso. Elegir a Laura como narradora, me permitió incorporar un punto de vista que casi no ha sido abordado por la literatura: el de las mujeres que deciden no ser madres y se ven constantemente cuestionadas por la sociedad. Los personajes de Doris y Nicolás, surgieron de unos vecinos que tuve cuando vivía en Barcelona. El niño, cuyo rostro nunca vi en la realidad, gritaba todos los días con una furia tal que uno no podía sino intentar adivinar las razones por las que lo hacía. Tenía ganas de contar la experiencia de la maternidad solitaria, aislada, difícil, que puede vivir una mujer deprimida. He conocido a varias desde la infancia y las considero verdaderas heroínas. De esa manera se fue formando una especie de mosaico de maternidades distintas a la familia que desde hace siglos constituye el estereotipo.

Siempre he sentido que la literatura se nutre del ambiente que rodea a un ecritor. Así como el pan adquiere un sabor distinto según los microorganismos que haya en el aire que respiró la masa madre, mis historias también incorporan millones de pequeños acontecimientos, tensiones, conversaciones con las que me voy encontrando a lo largo del proceso de escritura. En los años durante los cuales escribí *La hija única*, las protestas contra los feminicidios en mi país eran muy fuertes. Después de manifestarse pacíficamente durante más de diez años y de ser ignoradas, las Mexicanas optaron por subir el tono pintando grafitis en los monumentos históricos con letreros que decían "México feminicida", rompiendo vitrinas y hasta quemaron una estación de policía. Mucha gente se indignó por esto, pero gracias a acciones como estas el feminicidio se convirtió en una discusión nacional. Salió de la sección de "nota roja" y llegó a las primeras planas de los periódicos. Puesto que yo escribía una novela sobre mujeres, no podía dejar de incluir esta cuestión.

En mayo de este año Inés dejó este mundo. Tuvo una muerte suave y repentina. Aunque fue diagnosticada al nacer con ceguera, sordera y parálisis total, vio y escuchó muchas cosas a lo largo de su corta vida. Le gustaba la naturaleza y por eso sus padres la llevaron a ver las montañas, el bosque, los jardines botánicos de distintas ciudades. Escuchó cantar a su madre y la música de su tío violoncelista. Tocó la arena y el agua del mar. Nunca aprendió a hablar o a caminar, pero fue a la escuela durante tres años en su silla de ruedas; jugó con sus compañeros y, con su presencia, tocó e influyó la vida de muchos niños, dispuestos, no sólo a incluirla en sus juegos, sino a conocerla de verdad. Las decenas de dibujos y cartas que trajeron a su funeral dan cuenta del cariño y la admiración que sentían por ella. Estoy convencida de que, gracias a Inés, esos niños ya nunca se sentirán incómodos o temerosos ante las personas con discapacidades. En sus nueve años de vida, Inés abrió muchas conciencias. Me gusta imaginar que *La hija única* contribuye a esa misma labor.

Desde mi primera novela *El huésped*, he intentado cuestionar las ideas que suele tener la gente sobre lo "normal" y lo "anormal"– conceptos en los que no creo–, e invitar a los lectores a hacerlo también. "De cerca nadie es normal", dice un refrán brasileño, y por eso en casi todos mis libros he intentado hacer una suerte de *close-up* en esas supuestas anormalidades, por un lado, y por otro poner el reflector sobre temas que la gente suele mantener a la sombra, cuando no en una franca oscuridad, los temas incómodos, aquello que para muchos es mejor ni voltear a ver.

Jamás habría podido escribir *La hija única* sin la luminosa presencia de mis dos hijos, Lorenzo y Mateo, quienes me hicieron comprender que la maternidad es un reto repleto de recompensas y que se sitúa en la encrucijada de muchos temas sociales. Quiero agradecer a todas las personas que los cuidaron para que yo pudiera escribir. Gracias a todas las madres, biológicas y no-biológicas, por mostrarme que hay tantas maneras de serlo como hay mujeres en el mundo, y que todas ellas son absolutamente válidas y naturales. También quiero agradecer a mi compañero, a todos los amigos que lo leyeron antes de que me decidiera enviarlo a imprenta y a ustedes, los miembros de este jurado, que al elegirlo permitirán que se siga difundiendo. Se dice que hace falta toda una tribu para criar a un niño, pero a veces también hace falta toda una tribu para que exista un libro.